

Isabel Keats

Mi tramposa favorita

*Mi tramposa
favorita*

Isabel Keats

Esencia/Planeta

© Isabel Keats, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Diana Indiana – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: septiembre de 2016
ISBN: 978-84-08-15964-3
Depósito legal: B. 13.569-2016
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



La gravilla de la entrada crujió bajo los anchos neumáticos del deportivo negro. El jardinero dejó de rascarse la entrepierna durante unos instantes, miró de reojo el impecable Audi TT descapotable del que un hombre alto y elegante acababa de bajarse y, como hacía a menudo, pensó en lo injusta que era la vida, antes de volver su atención a la manguera con la que en ese momento refrescaba el espectacular parterre de hibiscos rojos.

Bruno del Valle abrió el maletero, sacó el escaso equipaje y sus largas piernas salvaron con agilidad los tres escalones de piedra de la entrada. Casi en el mismo instante en que apoyó el índice sobre el timbre de la puerta, ésta se abrió y un mayordomo con chaleco de rayas y expresión impasible, de esos que ya sólo aparecen en las películas inglesas de baronesa, castillo y té, lo invitó a pasar.

—Buenos días, señorito Bruno —saludó, inclinándose con insospechada flexibilidad para coger su equipaje.

—Buenos días, Víctor. Ya veo que en esta casa nunca cambia nada.

El hombre asintió con dignidad, como si fuera un cumplido, y lo condujo a través de varios salones de gran amplitud, hasta llegar a un porche digno de figurar en la portada de *Casa y Jardín*, frente al que se extendía una interminable pradera de césped bien cuidado que refrescaba la vista.

—Señora, el señorito Bruno.

—Gracias, Víctor. Tráiganos algo de beber, por favor.

Bruno se inclinó sobre el amplio sillón de ratán y besó a su hermana en la mejilla.

—Hola, Eva. Como ves, tus deseos son órdenes para mí, así que aquí me tienes.

A la mujer no le gustó el brillo malicioso de aquellos ojos oscuros tan distintos de los suyos, castaño claro y algo miopes. En realidad, su hermano y ella no podían ser más diferentes. Bruno era muy alto, y el polo azul que llevaba esa mañana resaltaba los hombros anchos de nadador amateur. Unas pocas canas salpicaban sus sienes y aliviaban el tono, casi negro, de sus cabellos. A pesar de que le quedaban pocos años para cumplir los cuarenta, había que reconocer que estaba más atractivo que nunca. Muchas mujeres debían de pensar lo mismo, a juzgar por la escandalosa cantidad de ellas que, según los rumores, pasaban por su cama.

Eva, en cambio, con sus mechas rubias y su figura regordeta, parecía exactamente lo que era: una mujer de mediana edad —aún le costaba creer que hubiera cumplido ya los cincuenta y dos hacía menos de un mes— que disfrutaba demasiado de la comida. Era injusto, suspiró; aunque sólo fueran hermanos de padre, ¿por qué no podía ella parecerse un poco más a Bruno?

La voz profunda de su hermano —hasta en eso parecía que los dioses lo habían premiado con doble ración de testosterona— la sacó de sus cavilaciones, y tuvo que pedirle que repitiese lo que acababa de decir.

—Me gustaría saber dónde están los tortolitos —dijo sentándose sobre uno de los enormes y confortables sillones con sus característicos movimientos felinos—. Estoy deseando conocer a la maravillosa prometida de mi ahijado. A juzgar por

las palabras de Diego, la interminable lista de encantos que la adornan haría babear al perro de Pávlov sin necesidad de campanilla.

Eva se revolvió en su asiento nerviosa, algo que le ocurría siempre que se enfrentaba con aquel hermano que, aunque era catorce años menor que ella, de alguna manera la hacía sentirse una niña pequeña y algo estúpida. La elegancia de sus ademanes, la arrolladora seguridad en sí mismo de un hombre que ha llegado a lo más alto en su profesión, y el oscuro encanto que lo rodeaba como un halo invisible minaban aún más su ya escasa autoestima cuando se comparaba con él.

—Diego ha ido a jugar al golf, debe de estar a punto de llegar. Danièle vendrá más tarde; ha salido de compras. Ya verás, te parecerá encantadora. —Lo observó dudosa—. Eso, si no empiezas a hacerla sentirse incómoda con tus trucos de psiquiatra.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó él como si no hubiera oído su último comentario.

Eva sonrió por vez primera; por fortuna, aquel tema de conversación era terreno seguro, así que comentó con entusiasmo:

—Se casarán aquí, en Sotogrande, dentro de dos meses. ¿No es maravilloso?

Aquellos ojos inquietantes la examinaron por entre los párpados entornados durante un buen rato, y ella volvió a rebullirse incómoda en el asiento. Sin embargo, cuando habló por fin, su hermano se limitó a decir:

—Maravilloso, aunque quizá algo precipitado, ¿no crees? ¿Cuánto hace que se conocen?

Eva hizo un gesto evasivo con la mano y empezó a hablar muy deprisa, como si pensara que la velocidad de sus explicaciones era directamente proporcional a la capacidad de persuasión de sus argumentos.

—Es cierto que ha ido todo un poquito rápido. Hace tan sólo tres meses ninguno de ellos sabía siquiera de la existencia del otro y, de pronto, gracias a un pequeño incidente con el coche, se conocen, se enamoran y ya estamos preparando la boda. ¡Es tan romántico!

Lanzó un hondo suspiro, y a Bruno le pareció escuchar una dulce melodía interpretada por un cuarteto de violines invisibles.

—Sí, muy romántico. —A su hermana se le escapó por completo el velado sarcasmo, pero la impertinencia de su siguiente comentario hizo que lo mirara llena de indignación—. Te recuerdo que mi ahijado, además de ser un jovencito bastante pánfilo, es un rico heredero.

—Mira, Bruno, ¡no te consiento que te metas con mi hijo! No sé qué habría sido de mí cuando murió Raúl, de no ser por Diego. —Los labios y las gruesas mejillas temblaban, y tenía los ojos inundados.

En ese preciso instante, la aparición del mayordomo con la bandeja de los refrescos disipó parte de la tensión que cargaba el ambiente. Con habilidad profesional, el psiquiatra condujo la conversación por terrenos menos cenagosos, hasta que, por fin, el alegre repiqueteo de los clavos de unos zapatos de golf sobre las baldosas de piedra anunció la llegada de su sobrino. Alto y bastante desgarbado, su pelo tenía el mismo tono rubio desvaído que el de su madre, aunque los ojos, un poco saltones y de un anodino tono verdoso, eran herencia de su progenitor.

—¡Hola, mamá! ¡Qué bien que hayas venido, Bruno! —El recién llegado hablaba de un modo engolado, como un primer ministro que pronunciara un interminable discurso frente al populacho. Después de darle un beso a su madre, se volvió a

estrechar la mano de su tío con vehemencia—. ¡He visto que has vuelto a publicar un artículo en *The American Journal of Psychiatry!* Acabo de contárselo a mis compañeros de partido y, créeme, les ha impresionado.

Su acento británico era perfecto, y su entusiasmo, conmovedor. A pesar del ligero desprecio que siempre había albergado por ese sobrino suyo, apenas diez años menor que él, Bruno se había sentido obligado a aceptar la invitación de su hermana para pasar unos días en su casa y conocer, de paso, a aquel dechado de virtudes con el que Diego iba a casarse con tanta precipitación. Eva no tenía más que pájaros en la cabeza y, desde que enviudó hacía ya casi quince años, Bruno, muy a su pesar, se había convertido en algo así como la figura paterna de aquellos dos inocentones con más dinero que cerebro. Al fin y al cabo, se dijo resignado, eran la única familia que tenía. Diego seguía hablando, así que trató de prestarle atención.

—Ya verás cuando conozcas a Dani. Tú también te vas a enamorar de ella, ¿verdad, mamá?

Su madre asintió, mirando a su único hijo con expresión de gallina clueca.

—Dani es un encanto. Tan guapa, tan educada, tan sencilla, tan... tan como debe ser.

Bruno enarcó una de las arrogantes cejas negras antes de dar un largo trago a su bebida, pero no hizo ningún comentario. La conversación continuó durante un buen rato por los mismos derroteros; su ahijado y su hermana enzarzados en una competición a ver quién hacía la loa más exagerada de aquella diosa venida a la Tierra, mientras él reprimía un bostezo detrás de otro. Cuando por fin se detuvieron a tomar aire, el imperturbable Víctor anunció a la señorita Chevalier.

Diego y Bruno se pusieron en pie en el acto para recibirla, aunque este último permaneció unos pasos por detrás de su sobrino, decidido a no perderse detalle de la recién llegada.

—¡Dani, estás preciosa, como siempre! —Diego depositó un casto beso en la mejilla de su novia y, con un brazo posesivo alrededor de la esbelta cintura, se volvió para presentársela a Bruno—: Danièle, te presento a mi tío y padrino, Bruno del Valle, del que tantas veces te he hablado.

—Tantísimas que para mí es casi como si ya fuéramos viejos amigos, Bruno.

La deliciosa sonrisa que acompañó sus palabras habría deslumbrado a la mayoría de la población portadora del cromosoma XY; sin embargo, Bruno se limitó a observarla fijamente antes de contestar con sequedad:

—Yo tengo pocos amigos.

Lo único que indicó que había captado el significado de aquel seco comentario fue el rápido parpadeo de los grandes ojos azules, pero, enseguida, la recién llegada se acercó a su futura suegra y le dio un efusivo beso en cada mejilla.

—Dani, querida, no hagas caso de mi hermano. Es un bromista.

A pesar del simulacro de sonrisa que permanecía atornillada a sus labios, Eva apenas podía disimular el azoramiento que le había producido la rudeza de Bruno. Para una persona pacífica y fácil de llevar como era ella, las discusiones y los malos rollos a su alrededor le producían un malestar casi físico, así que empezó a hablar atropelladamente de la nueva ola de calor que había anunciado el hombre del tiempo para los próximos días.

—¡Vaya por Dios, Eva, qué mala suerte! —se lamentó Danièle.

—Sí, ¿verdad? —Su novio asintió compungido—. Pero hay que mirar el lado positivo, Dani; con el calor jugaré menos al golf y así tendremos más tiempo para pasarlo juntos.

—Entonces retiro lo de «mala suerte», mi amor.

Una casi imperceptible mueca de desagrado se dibujó en los firmes labios de Bruno al escuchar el empalagoso diálogo y contemplar la expresión de cachorro enamorado de su ahijado, que parecía incapaz de apartar la vista del rostro de su prometida ni por un segundo. A pesar de ello, mantuvo el semblante impassible mientras examinaba sin disimulo a la mujer que acababa de tomar asiento frente a él.

Diego no había exagerado al decir que era preciosa. Danièle Chevalier llevaba la reluciente melena castaña recogida en un moño bajo, y un vestido sin mangas discreto y elegante que se ajustaba a las suaves curvas sin marcarlas en exceso. Al cruzar las piernas, la falda se le había subido unos centímetros por encima de las rodillas, y la loneta cruda de los almohadones del sillón ponía de manifiesto el delicado color miel de las bien torneadas piernas. Sin embargo, su rasgo más llamativo eran aquellos inmensos ojos azules, bordeados de espesas pestañas oscuras, que se posaban sobre su novio con adoración mientras, en apariencia, permanecía ajena por completo al intenso escrutinio al que estaba siendo sometida.

Los tres siguieron de cháchara durante un buen rato, hasta que Bruno, aburrido, decidió intervenir.

—Señorita Chevalier...

—Dani, por favor. Nada de formalidades; dentro de unos meses te convertirás en mi tío político.

Los novios intercambiaron una mirada cómplice y se les escapó una risita irritante.

—Por supuesto..., Danièle. Cuéntame algo de ti. Diego te

pone por las nubes, pero hay algunos detalles que me gustaría conocer.

—Claro que sí, Bruno. Puedes preguntarme todo lo que quieras. —Una vez más, le lanzó una de aquellas impactantes sonrisas, al tiempo que entrelazaba los dedos en el regazo, igual que una alumna aplicada que se enfrenta al examen de su profesor.

—¿De qué parte de Francia eres?

—Nací en París, pero vine a España cuando era una niña.

—¿A qué te dedicas?

—Soy empresaria o, mejor dicho, lo seré dentro de poco.

—Dentro de pocos días tu sueño se hará realidad, cariño.

—¡Yo seré tu primera cliente, Dani! En cuanto pierda alguno de los kilitos que me sobran, me pasaré por tu tienda a menudo.

—Empresaria. Suena de maravilla. ¿En qué sector, exactamente?

—¿Cuál va a ser? ¿Eres ciego, Bruno? ¿No ves lo elegante que es? —Diego se llevó la mano de su prometida a los labios con un gesto afectado, le dio un cálido beso en el dorso y se ganó otra de esas encantadoras sonrisas de papel cuché—. Dani va a abrir una boutique superexclusiva en la Milla de Oro de Madrid.

—Fascinante.

—Sólo las mejores marcas, por supuesto. Gracias a Diego, he conocido a un montón de posibles clientas. El pobre se desvive por complacerme, es taaaan mono. —Le revolvió el pelo con una mano con el mismo gesto que dedicaría a un perro fiel, y los labios seductores se fruncieron en un mohín mimoso capaz de derretir el cerebro de cualquier incauto.

Los oscuros ojos de Bruno seguían estudiando hasta el más mínimo gesto de aquel compendio de perfecciones. Estaba a

punto de descartarla como a otra de esas bellezas sin cerebro que pueblan el mundo sin más cometido que adornarlo y de brindar en silencio a la salud de aquella pareja de cabezas huecas cuando, de pronto, detectó un destello burlón en los ojos azules. Al instante, entornó los párpados, suspicaz, pero lo que quiera que fuese que había llamado su atención ya no estaba ahí, y se preguntó si lo habría imaginado.

Una vez más, el mayordomo los interrumpió para anunciar en tono agorero que la comida estaba servida. Sin dejar de charlar, se dirigieron al comedor de verano, a pesar de que ya estaban a mediados de octubre. El comedor era una especie de invernadero abierto al jardín, en el que un ventilador de techo y la sombra que proyectaban las numerosas plantas que crecían en su interior refrescaban el ambiente.

Bruno los siguió en último lugar y aprovechó para contemplar, apreciativo, las caderas esbeltas que se balanceaban con seductora cadencia delante de él. A pesar de ser muy alta, Danièle Chevalier calzaba unos tacones de diez centímetros, y la novedad de no sacarle a una mujer más de medio palmo le resultó extrañamente atractiva.

Como era costumbre en esa casa, todos los platos que se sirvieron, además de abundantes, fueron exquisitos. En ese sentido, el buen apetito de la anfitriona y su afición a la alta cocina era una gran ventaja; lo malo era que la pobre se había jurado que adelgazaría cinco kilos para la boda de su hijo, y veía pasar plato tras plato por delante de sus narices con expresión lastimera.

Aquello estaba resultando más duro de lo que jamás habría imaginado. Desolada, Eva miró su ración de besugo a la plancha, acompañado por unas cuantas hojas de lechuga casi sin aliñar, y suspiró. Sin embargo, se había prometido a sí misma

que perdería el peso que se había propuesto, aunque tuviera que coserse los labios con hilo de nailon y, mientras tanto, se limitaría a disfrutar viendo comer a los demás.

Ajeno por completo al desdichado estado de ánimo de su hermana, Bruno se relajó un poco y comió con ganas mientras escuchaba la conversación insustancial que mantenían los otros tres sin prestar mucha atención. Cuando terminó, hizo una seña al mayordomo para que volviera a pasarle la fuente.

—Tengo que acordarme de mandar a Pitita toda la información de vuestra boda —comentó Eva, sin dejar de seguir el recorrido del tenedor de su hermano del plato de besugo al horno, acompañado de tiernas patatas panaderas, hasta su boca con expresión soñadora.

—¿Pitita?

—Sí, Pitita, ya sabes, esa prima un poco fulana de tu padre que trabaja en ABC.

—¡Mamá! —Diego sonó escandalizado, pero su madre no se inmutó.

—Hijo, ya sabes lo que decía tu abuelo: al pan, pan, al vino, vino, y a las putas, putas. ¿Un poquito más de besugo, hermano?

Con una sardónica sonrisa de medio lado, Bruno negó al instante con la cabeza; en realidad, no le habría extrañado nada ver a su ahijado tapan los oídos de su prometida para no manchar su inocencia.

—A ver si me acuerdo de pedirle a Víctor que le mande mañana un email.

Al oír aquello, Dani, a quien en ese momento su novio le ofrecía un bocado de su propio plato —como si fuera distinto del besugo que ella estaba comiendo, el mismo que el día anterior habían enganchado en un palangre unos pescadores en

aguas del Cantábrico—, cerró la boca de golpe y se volvió hacia ella alarmada. El trozo de pescado cayó encima del impoluto mantel francés con encaje de Valenciennes y dejó un considerable cerco de grasa a su alrededor.

—¡Ups! —Dani se llevó el puño a la boca para reprimir una carcajada, y los iris azules relucieron con diversión. No obstante, en cuanto se dio cuenta de que a Bruno no se le había escapado aquel gesto espontáneo, recuperó la compostura en el acto. Con los ojos muy abiertos, se llevó las manos a las mejillas y se dirigió a su prometido con una mirada afligida—. ¡Perdóname, cariño, soy tan torpe! El precioso mantel de tu madre...

—No te preocupes, mi amor, ha sido un accidente. ¿Estás bien?

Ella hizo un puchero conmovedor y asintió con valentía. Al ver aquella muestra de entereza, Diego no pudo reprimir el impulso de pasarle un brazo por los hombros y apretarla contra él para confortarla.

—No te preocupes, Dani. Le diré a Víctor que lo lleve al tinte esta tarde. Son muy profesionales, ya verás; seguro que no queda ni rastro de la mancha. ¿Alguien quiere repetir? —preguntó esperanzada su futura suegra, al tiempo que le daba unas palmaditas tranquilizadoras en el dorso de la mano.

Bruno seguía el pequeño drama con interés, aunque su rostro mantenía la impenetrabilidad de costumbre. Después de tantos años ejerciendo la psiquiatría, tenía un considerable conocimiento de la naturaleza humana y, en cuanto leyó el inoportuno regocijo en aquellos maravillosos ojos azules, ya no le cupo la menor duda de que la señorita Chevalier no era la recatada mujercita de familia bien que quería hacerles creer.

—No, gracias, Eva, estaba todo delicioso, pero no puedo más. Eres muy amable por no enfadarte conmigo y por lo del *ABC*. —Nuevo flashazo de dentadura espectacular—. Sin embargo, te agradecería que esperaras un poco antes de hacer el anuncio. Ya sabes que mi hermano aún se encuentra de viaje, y no me agradaría que se enterase de un asunto de semejante importancia por la prensa.

—Claro, claro, por supuesto. Esperaré a que vuelva, estoy impaciente por conocer a Luis. ¿Aún no has sabido nada de él?

—Su hermano es corresponsal de guerra. Trabaja para un importante diario norteamericano y hay veces que resulta imposible contactar con él durante largos períodos de tiempo —le aclaró Diego a su tío con orgullo.

—Fascinante —repitió éste una vez más.

Sólo quedaba ella en el comedor. Los demás se habían levantado y habían desaparecido a toda prisa con la excusa de echarse la siesta. Eva miró a uno y otro lado y, al ver que no había morros en la costa, cogió el trozo de pescado y las patatas que habían caído sobre el mantel con los dedos y se lo llevó a la boca con la ansiedad de una bulímica compulsiva. A pesar de que el besugo estaba frío y las patatas algo acartonadas, cerró los ojos y los saboreó con deleite.

—Ejem, ejem.

Aquel diplomático carraspeo la hizo dar un respingo y abrió los párpados sobresaltada. Frente a ella, Víctor la contemplaba con expresión de reproche.

—¿Desea algo más la señora?

Eva se puso colorada y balbuceó:

—Nada, nada... Es... es sólo que no quería que... que la mancha fuera a más.

El mayordomo se limitó a asentir impasible.

—¡Oh, siento interrumpirte, pensé que no había nadie!

Estaba a punto de salir de nuevo pero, de inmediato, Bruno se levantó de la silla que ocupaba tras el imponente escritorio Chippendale y, con mucha cortesía, la invitó a quedarse.

—Por supuesto que no me interrumpes. Pasa, Danièle.

—Dani —le recordó ella en tono arrullador.

—Danièle.

Ella se encogió de hombros.

—¿Estás trabajando? Imagino que un psiquiatra tan reconocido como tú no debe de tener ni un minuto libre.

La mirada y las palabras de Dani tenían justo el grado necesario de admiración para elevar hasta la estratosfera el ego masculino más templado, y el hombre al que iban dirigidas se dijo, lleno de cinismo, que aquella preciosidad que alzaba su rostro hacia él con expresión inocente tenía un don. Los labios de Bruno se fruncieron de manera casi imperceptible mientras se acercaba a ella muy despacio.

—Estoy trabajando en un artículo para una revista, pero aún tengo tiempo hasta que se cumpla el plazo de entrega. ¿Venías a cambiar tu libro? Déjame ver. —Extendió la mano imperioso, y ella reprimió el impulso de esconder la suya detrás de la espalda.

—*El arte griego*, de John Boardman —leyó en voz alta. Sorprendido, clavó la vista en ella; estaban tan cerca que percibió las curiosas pintitas verdes que moteaban uno de los iris—. ¿Te gusta el arte?

Un ligero encogimiento de hombros y una respuesta sucinta:
—Un poco.

Bruno se acercó aún más y su instinto le advirtió que ella hacía un esfuerzo considerable para no apartarse de él; sin embargo, aquel bonito rostro alzado hacia el suyo conservó la placidez de una tarde de verano. Por primera vez en mucho tiempo, volvió a notar la familiar subida de adrenalina que solía sentir desde que era niño cuando se enfrentaba a algún rompecabezas especialmente complicado.

—Elige el que quieras, yo te lo alcanzaré.

Dani aprovechó la oferta para dar un paso atrás y alejarse de él en dirección a la maravillosa biblioteca que ocupaba toda la extensión de una pared.

—En realidad, lo que me gusta es mirar las fotos, pero —bajó la voz y soltó una risita tonta— confieso que las de ese libro eran un poco subidas de tono, con tantas estatuas de hombres desnudos. Ni Diego ni yo somos grandes lectores, la verdad sea dicha. Es otra de las muchas cosas que tenemos en común.

—Esta biblioteca la fue reuniendo el marido de mi hermana a lo largo de su vida, y estoy seguro de que, si los libros siguen aquí, es porque Eva considera que resultan decorativos.

Los ojos oscuros siguieron con interés la manera en que los pequeños dientes blancos se clavaron con fuerza en el incitante labio inferior..., ¿una provocación?, ¿un intento de ocultar una sonrisa? Pero ella enseguida desvió el rostro y se puso a buscar entre los centenares de volúmenes alineados en las señoriales estanterías de madera de roble.

—Ése me gusta.

El libro que señalaba quedaba un poco por encima de su cabeza. Bruno lo cogió y no pudo evitar esbozar una sonrisa al leer el título: *Grandes familias de la nobleza europea de la A a la Z*.

—Bonito libro.

—Es como el *¡Hola!*, pero a lo bestia, es decir —carraspeó un par de veces—, me viene muy bien para averiguar más cosas sobre mis futuras clientas.

—Claro, claro.

Bruno le tendió el ejemplar y, cuando ella fue a cogerlo, rozó la suave piel del interior de su muñeca con uno de sus dedos de manera deliberada. Dani alzó los ojos hacia él alarmada y, al ver el brillo perverso que animaba las pupilas oscuras, agarró el libro y salió de la habitación a toda velocidad.